

CUBA AND THE UNITED STATES AS SEEN BY THE CONSERVATIVE PRESS IN MEXICO

SALVADOR E. MORALES PÉREZ
Centro de Investigaciones Científicas
Jorge L. Tamayo

RÉSUMÉ

Le processus expansionniste poursuivi par les États-Unis au long du XIX^e siècle a suscité au Mexique l'élaboration constante d'un discours antiimpérialiste. Durant la conflagration hispano-nordaméricaine, le discours appelé "antiyanqui" fut le fait, principalement, de la presse catholique et pro-espagnole; les journaux mexicains conservateurs prirent la défense de l'Espagne, de ses intérêts mercantiles, politiques et coloniaux. Ce discours conservateur cherchait à attirer l'attention sur la conquête entreprise par les États-Unis, à accentuer la nécessité d'une alliance entre les Républiques hispanoaméricaines et, tout spécialement, à évaluer l'influence éventuelle du Mexique dans une stratégie de contention.

SAMENVATTING

De expansionistische politiek van de Verenigde Staten in de negentiende eeuw had tot gevolg een anti-imperialistische politieke discours van Mexico. Tijdens de Spaans-Noordamerikaanse confrontatie, bedreef vooral de katholieke en de pro-Spaanse pers een "anti-yankee" discours; de conservatieve Mexicaanse dagbladen verdedigden de Spaanse zaak, zowel de politieke alsook de economische en koloniale belangen. Deze conservatieve discours waarschuwde voor de expansionistische politiek van de Verenigde Staten en deed een oproep tot de eenheid van de Latijnsamerikaanse republieken, met speciale nadruk op een actieve rol van Mexico.

TESTIMONIO

CUBA Y LOS ESTADOS UNIDOS VISTOS POR LA PRENSA CONSERVADORA DE MÉXICO, 1898*

SALVADOR E. MORALES PÉREZ
Centro de Investigaciones Científicas
Jorge L. Tamayo

RESUMEN

El proceso expansionista seguido por los Estados Unidos a lo largo del siglo XIX generó en México la constante elaboración de un discurso antiimperialista. Durante la conflagración hispano-norteamericana, el llamado discurso "antiyanqui" corrió a cargo primordialmente de la prensa católica y pro española; los periódicos mexicanos conservadores adoptaron la defensa de España, de sus intereses mercantiles, políticos y coloniales. Tal discurso conservador buscó alertar sobre la conquista iniciada por los Estados Unidos, acentuar la necesidad de una alianza entre las repúblicas hispanoamericanas y, en especial, evaluar la influencia probable de México en una estrategia de contención.

ABSTRACT

Nineteenth-century U.S. expansionism generated a constant anti-imperialist discourse in Mexico. During the Spanish-American conflict, the so-called "anti-Yankee" discourse ran mainly in the Catholic and pro-Spanish press; right-wing Mexican newspapers defended Spain, with its commercial, political and colonial interests. This conservative discourse sought to alert the public as to the conquest initiated by the United States, to advocate the alliance between Hispanoamerican republics, and especially, to evaluate the eventual influence that Mexico might have in a containment strategy.

* Versión corregida de la ponencia presentada en el V Congreso Anual de la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe (AMEC), celebrado en Xalapa, Veracruz, del 1 al 3 de abril de 1998.

Por regla general, la corriente de opinión antiimperialista se ha identificado como propia de los grupos sociopolíticos amenazados u obstruidos por el fenómeno histórico de la dependencia dentro del moderno sistema capitalista mundial. El antiimperialismo ha sido observado como una de las variantes de la oposición a los esquemas de dominio colonial y neocolonial. Históricamente, la conformación de la conciencia antiimperialista se ha considerado como vía para quebrantar la estructura de subordinaciones funcionales generadas por las sociedades capitalistas avanzadas.

En la historia del pensamiento político latinoamericano cabe a México un papel significativo en la elaboración del discurso antiimperialista, particularmente en las elaboraciones nacidas de una vecindad tan extensa y contrastante como la que tiene con los Estados Unidos. Estas elaboraciones discursivas se remontan a los días de la independencia mexicana, cuando la conducta oficial de los Estados Unidos decepcionó a admiradores tan fervientes como Servando Teresa de Mier y obligó a los nacientes estadistas (de signo político conservador moderado como Lucas Alamán) a urdir una diplomacia de cautela y contención ante el activo vecino del norte, y se producen hasta finales del siglo XIX, cuando se cierra una etapa de acumulación y se inicia una era marcada por la hegemonía de los Estados Unidos sobre la mayor parte de América.

La guerra cubana de independencia, iniciada el 24 de febrero de 1895, funcionó como catalizador de una perspectiva diferente hacia los admirados Estados Unidos de América. Conocida de antiguo, la apetencia geopolítica de los Estados Unidos hacia Cuba resultaba uno de los temas de mayor recurrencia por parte de numerosos observadores del panorama internacional. Saber cómo percibían a los Estados Unidos sus más cercanos vecinos constituye —creemos— una necesidad heurística. ¿En qué medida, nos preguntamos tomando el caso de México como punto de referencia, la “yankofobia” generada por el expansionismo estadounidense fue mermando su intensidad y haciendo sitio a otras actitudes que llegaron al extremo del pitiyanquismo? ¿Qué condiciones nutrieron la apertura y el cuestionamiento a una relación intensificada mediante vías de comunicación, acuerdos comerciales, numerosas inversiones y transvaciones humanas y culturales? ¿Cuál fue el papel que desempeñó la lucha cubana por la independencia absoluta en el conflicto ideológico desatado por la eventualidad de una injerencia de los Estados Unidos?

En los medios oficiales del porfiriato las opiniones más autorizadas descansaban en dos supuestos de enorme significación: el coco de una

nueva mutilación se había alejado considerablemente, y la expansión económica pacífica predominaba como vía óptima para las urgencias mercantiles. Hombre colocado en donde se traman y adoptan grandes decisiones, Matías Romero se esforzó desde 1889 en convencer al gobierno de México de que ya los Estados Unidos no amenazaban la integridad territorial del país, pero en mucha mayor medida se empeñó en abrir el paso a los capitales yanquis hacia las prometedoras e inertes riquezas de su país. Una buena porción del liberalismo oficial estaba ganado por esa perspectiva tranquilizadora y promisorio. No así el sector conservador, ultramontano e hispanófilo que había ido obteniendo ganancias en torno al caudillo presidente, sector que ha sido muy bien estudiado en los trabajos de Antonia Pi-Suñer, Matilde Souto Mantecón, Clara E. Lida, Leonor Ludlow y Carlos Marichal, y que temía los avances de los intereses estadounidenses por cuanto podían afectar a los suyos y al conjunto de representaciones que sustentaban. México, junto con Argentina (en donde, como es sabido, hubo una inmigración masiva de españoles en la segunda mitad del siglo XIX), habían constituido los dos principales polos de atracción, por la naturaleza de sus recursos y la fuerza de sus relaciones naviero-mercantiles, de poderosos intereses hispanos.

Como era de esperarse, la principal reacción de la sociedad mexicana con respecto a la intervención estadounidense en la guerra independentista de Cuba se concentró en los periódicos. Los periódicos oficialistas lo hicieron con suma cautela, en contraposición a la exaltación y sistematicidad con que se proyectó la prensa conservadora, católica y filohispana. Precisamente a ésta deseamos hacer referencia; a pesar de que Daniel Cosío Villegas descalifica el antiyanquismo de esta franja político-ideológica, no es de extrañar que su discurso haya podido calar con más hondura en la cultura política mexicana que el discurso procedente de las filas liberales rayando en lo blandilocuo. A diferencia de publicaciones más o menos favorables a la causa independentista y preocupadas por los aires expansionistas del norte, como *El Diario del Hogar*, *El Hijo del Ahuizote*, *El Continente Americano* y otros, la prensa conservadora concentró su atención en la crítica furiosa a los Estados Unidos, a sus prácticas y políticas, instituciones y proyectos que, si bien fueron acentuados en señal de adhesión a España, no dejaron de aportar un significativo discurso cuestionador del progreso material, la modernización y la expansión imperialista, como podrá verse en las muestras que tomamos de ejemplo.

Desde la década de 1880, periódicos de filiación católica habían venido denunciando y combatiendo la creciente influencia yanqui en México. Este campo de enfrentamientos intelectuales tenía un trasfondo que no debe olvidarse, un trasfondo económico y tecnológico, espiritual y religioso, étnico y social. Los avances de la modernización periférica eran vistos no solamente como un peligro para el progreso material, sino como anuncio de ruptura en la jerarquía de valores, penetración de otras creencias y prácticas religiosas, democratización de la vida social, resquebrajamiento de una estructuración etnosocial. Estas circunstancias coincidieron con el despliegue intenso del programa panhispanista esgrimido por España para la reconquista de una nueva relación con las repúblicas hispanoamericanas; dicho programa buscaba aliados en el propósito de revertir la hispanofobia resultante de las luchas independentistas, así como de las aventuras de reconquista, para marchar hacia una concordancia que favoreciese los alicaídos intereses mercantiles del reino peninsular. Para ello debía contar con intereses afines e ideología análoga que le diesen puntos de apoyo a fin de repeler a los competidores y ocupar nuevos niveles de influencia. Tal programa tuvo en México dos significativos pilares en los periódicos *La Voz de México* y *El Tiempo*, los cuales desempeñaron hasta finales del siglo XIX una notable labor desde el punto de vista prohispanico y católico, y que hizo posible la alineación más estrecha con España durante la guerra de Cuba y la intervención de los Estados Unidos.

El Tiempo no sólo era un periódico católico sino abiertamente hispanófilo, como correspondía a tal ortodoxia religiosa de procedencia europea. De ahí su discurso en honor a los ancestros hispanos y su labor mitificadora del aporte colonizador, como gloria civilizadora. De suma elocuencia proespañola fue la reproducción de la oración fúnebre pronunciada por el cura Zacarías Martínez Núñez en honor de Felipe II en el Escorial, el 13 de septiembre de 1898, que hemos tomado como muestra para nuestro análisis.¹ La extensa apología al gotoso y oscurantista monarca venía a ser la apología al consolidador del imperio español e instrumento eficiente de la imposición ecuménica de la religión católica en su variante más atrabiliaria: "el más grande entre los reyes, martillo de las herejías, brazo de la cristiandad..."

¹ "Oración fúnebre que con motivo del tercer centenario de la muerte de Felipe II pronunció el P. Zacarías Martínez Núñez en la Real Basílica del Escorial el 13 de Septiembre de 1898", *El Tiempo*, ed. il., t. VIII, núm. 373, México, 16 de octubre de 1898, pp. 329-335.

Detrás de la retórica teológica bulle el dolor sordo e inconsciente del poder perdido y la rabia ahogada por la desdicha presente. Un discurso hecho para españoles: recuento de triunfos y hazañas de dudosa autenticidad, exaltación militar y evangelizadora, construcción de una historia sesgada y tendenciosa, acusadora y sentenciante. El cura Zacarías lleva toda su agua a favor del conservadurismo y contra el liberalismo ("factores de las libertades modernas", que "constituyen la mayor de las tiranías"), cuestiona el concepto material del progreso y resuella por la pérdida de las últimas colonias. Y es en los párrafos finales donde se desnuda la esencia política de su honra fúnebre.

Pero, señores, no quiero terminar esta oración fúnebre, que podría calificarse también "Oración fúnebre de España", sin hablaros de lo que algunos llamarán error político de Felipe II respecto de las colonias: ¿Sabéis cuál es? Es el error de toda nuestra patria: el haber conquistado América y Filipinas, redimiendo a las personas sin matar la raza, siguiendo el sistema contrario de Inglaterra con la raza tasmania y al de los Estados Unidos con los indios aborígenes de la América del norte y con los pieles rojas, de los cuales sólo quedan ya cuatro o cinco tribus insignificantes; el haber roto, como no lo hacen Inglaterra ni Holanda, las cadenas de la esclavitud, derramando la luz de lo alto en las inteligencias extraviadas, despertando del sueño de la muerte a los pueblos errantes y perdidos, dándoles nuestra sangre, religión y lengua, realizando el plan de Dios, del padre cariñoso que supo dictar las "Leyes de Indias", civilizando en el cabal sentido de la palabra...²

El periódico mexicano se hacía eco así del esfuerzo por contraponer a la "leyenda negra" de la colonización española el cuestionamiento a otra conquista igualmente brutal. Suavizando aún más la gesta hispana del siglo XVI con aportes de religión, sangre y lengua, susceptibles de ser matizados si miramos específicamente. La "redención" parece bastar al orador sagrado como excusa suficiente para el despojo de territorios, la imposición de lengua y religión, la erección de una pigmentocracia ajustada a un supuesto plan divino.

Concepción providencialista de la historia que comporta un riesgo que a duras penas acepta:

No se me oculta que por esos caminos se llega a la independencia de las colonias; pero así como algunas vivieron pacífica y felizmente por espacio de

² *Ibidem*, p. 334.

tres siglos a la sombra de la Cruz, más tiempo hubieran continuado de esa manera si las miasmas de la impiedad y de la corrupción administrativa, más terribles que las del cólera, no hubieran asolado a aquellas hermosísimas comarcas. De todos modos, si ese sistema de colonizar es un error, creo que debe abrazarse con él toda alma honrada ¡Bendito sea el error!³

El elogio a la colonización hace abstracción de siglos de historia real, de los hechos de resistencia y castigos; omite mencionar revueltas y cimarronaje, genocidio y deculturación, es decir, cuanto pueda afean un pasado paradigmático. Al dejar como únicas lacras explicativas de la opción independentista a la corrupción y a la impiedad, condena al silencio la propia evolución de los pueblos, su capacidad regenerativa, la lucha por la libertad y la igualdad social, pero sobre todo contra las trabas coloniales. De este modo, el cura Zacarías escamoteaba los trasfondos que justificaban también la lucha cubana por su emancipación, adaptando un punto de vista ahistórico, del cual se hizo eco el periódico mexicano. Desde luego, una elaboración muy difícil de asimilar por un país que había derramado tantos esfuerzos por asegurar su independencia.

A su juicio, la consideración religiosa ya no domina, sino la del hecho de la fuerza material y bruta; se mata y esclaviza por codicia y egoísmo, por ambiciones y mercados, para tener instrumentos de diplomacia. El retrato abstracto le va como anillo al dedo a la reciente injerencia de los Estados Unidos y los entretelones que la motivaron:

Hoy se conquistan territorios, no para redimir a las personas, sino para llevar las hermosas pieles de sus animales a los mercados públicos; para extraer las primeras materias de las sedas, de los colores y perfumes del taller, de la fábrica y del tocador; para extraer de las minas las sustancias con que se forjan espadas y puñales o grandes acorazados y formidables cañones, que constituyen trono con que la diosa Materia rueda por el mundo aplastando cruentamente a infelices muchedumbres.⁴

Suelta entonces una filípica teológico-conservadora contra el concepto de progreso materialista y utilitario que enarbola el capitalismo moderno en su énfasis estadounidense, que nos excusamos de citar en este momento, a pesar de su notable importancia, por su extensión y para no

³ *Ibidem.*

⁴ *Ibidem.*

alejarnos del centro de nuestro interés. No cabe duda de que en la contraposición de dos potencias desiguales se colocaban valoraciones asimétricas.

La prensa de derecha se hizo eco casi exacto del discurso hispanista elaborado por la inteligencia española con fines de política de Estado. Un punto básico fue el catolicismo común considerado como compendio de los valores conservadores. Pivote para atacar al liberalismo, a la masonería, al socialismo y el anarquismo; para oponer espiritualismo a materialismo, honor a tecnología; para contraponer al panamericanismo de factura yanqui el iberoamericanismo de prole europea.

De los días en que la Corona española se inclinaba derrotada ignominiosamente por el puntillazo con que la artillería yanqui remataba al dominio agonizante a causa de la lucha cubana por la independencia, son los versos de Carolina Coronado, *Mitra*, agosto 11 de 1898, publicados en este mismo periódico de la derecha católica de la ciudad de México.⁵ La poetisa da rienda suelta —entre airada y pesarosa— a las ideas y sentimientos que le ha despertado el desborde yanqui, no sólo en las Antillas. El cuestionamiento rimado de que damos cuenta revela una inquietud política por el fondo y las formas adoptadas por los Estados Unidos (al cual nunca se le menciona específicamente) en su estallido invasor.

Al fin los vicios del caduco imperio,
La ambición de los Césares insana
Ha logrado invadir nuestro hemisferio.

Comprendo su dolor, querida hermana;
Tú, que descendes del ilustre anciano
Honra de la familia ciudadana.

Comprendo que tu espíritu cristiano
Se espante del terror y la injusticia
Que hoy arrastra al pueblo americano.

No es por humildad, es por codicia
Por lo que rompe las sangrientas leyes
Fundador a favor de la justicia.

⁵ Carolina Coronado, "Carta a Marta", *El Tiempo*, ed. il., t. VIII, núm. 370, México, 25 de septiembre de 1898, p. 307.

Si el yugo sacudió de injustos reyes
Fue para dar ejemplo al viejo mundo
Con las virtudes de sus nuevos reyes.

Para que hallase manantial fecundo
En su labor, la sociedad tranquila,
De paz con su gobierno sin segundo.

Mas convertís a Washington en Sila,
Y al pacífico pueblo ciudadano
En sanguinario ejército de Atila.

¡Ay! ¡Quién dijera a tu leal hermano
Que su bandera injuriaría el fuero
Del generoso pueblo castellano!...

Pero no venció a España el caballero,
El barco por el arte acorazado
Es hoy el adalid, es el guerrero.

Evocaciones del infierno airado
Salen al mar y reventando en llama,
Sepultan al ejército abrasado;
Y Lucifer vencedor se aclama,
Porque él es quien alcanza la victoria
Y de gran paladín logra la fama.

En negra piedra escribirá la historia
La fundación de vuestro nuevo imperio
Y el fin de su grandeza transitoria.

A España tienen hoy en cautiverio:
Mas lo que harán del nuevo poderío
Es para la República un misterio.

Arrastrada por loco desvarío
Quiere emular de Europa los blasones
Y remedar su antiguo señorío.

Quieren tener marqueses y barones
Y duques y sus príncipes reales,
Cual en Europa intrusos Napoleones.

Y a Inglaterra decir: "Somos iguales,
Llevamos ya corona en la cabeza
Aunque súbitos fuimos desleales.

La República ha sido una flaqueza
Entramos en la edad adolescente
Y queremos mayor alteza."

Y para eso ¡oh dolor! sangre inocente
Ha enrojecido el mar de las Antillas
Y el remoto archipiélago de Oriente...

Y aún amenazan arrasar las villas
De Iberia, por mostrar a las naciones
De su infernal obús las maravillas

Cubierta con los fúnebres crespones,
Si vienen, los veré del Océano
A la orilla, sin miedo a sus cañones.
Mas con horror a su furor insano...

La colaboradora de *El Tiempo* reconocía en los Estados Unidos el mismo espíritu imperial de la Roma precristiana, motivado por apetencias mercantiles (codicia), y lo equiparaba con las míticas hordas de Atila (sinónimo de sangrienta barbarie). Como el cura Zacarías, Carolina Coronado apela a la interacción tecnología/diabólica *versus* cabaleros/valerosos (la máquina vencedora del hombre). Y vaticinaba la transitoriedad del nuevo imperio y la degradación de los valores republicanos ostentados.

Si *El Tiempo* fue parco y medido en sus expresiones de adhesión hispanófila hacia 1898, luego de la ignominiosa derrota *La Voz de México* adoptó los tonos más acres, vibrantes y declamatorios.

La Voz de México era uno de los principales órganos de prensa del conservadurismo independiente, junto con *El Tiempo* y *El Nacional*. Desde el comienzo de las hostilidades hispano-yanquis, acentuó su postura "antigringa" y no dejó pasar día sin echar un grano al costal ya nutrido de la animadversión hacia los Estados Unidos. Animadversión no siempre visceral, pues entre sus alegatos hay no pocos razonamientos de notable interés. Fue *La Voz de México* quien difundió con más clarividencia el significado de la modificación de la tesis monroísta en la "doctrina

McKinley" que se vino a redefinir en otorgar "a los Estados Unidos el derecho de intervención en nombre de la humanidad, de la civilización y de la protección de los intereses americanos, en los asuntos de sus vecinos".⁶ En este punto insistió en varios de sus artículos, destacando la impropiedad de intervenir en asuntos internos bajo pretextos humanitarios.

El periódico conservador fue de los que creyeron que las acciones de los Estados Unidos serían condenadas como en "acto bárbaro" y que España no sólo tendría "la simpatía de todos los pueblos civilizados", entre los cuales colocaba también los del continente.⁷ Donde no se equivocaba *La Voz de México* era en advertir la simpatía de buena parte de los "liberales ilustrados" por los Estados Unidos, puesto que no se habían pronunciado contra el intervencionismo de la "doctrina McKinley" y contra cuanto tenía ésta de amenazante para el futuro de las relaciones intercontinentales:

¡Que tiemble México, porque hoy se trata de Cuba, mañana de Yucatán, después, cuando a la muerte del actual jefe de Estado o en cualquier otra emergencia se perturbe la paz, vendrá el protectorado político para garantizar la tranquilidad y el capital de los ciudadanos americanos, desde Monterrey, que es ya étnica y comercialmente una prolongación de Texas, hasta el Istmo de Tehuantepec que es el presente del mundo; después la absorción y con ella la esclavitud.⁸

El tono apocalíptico que adoptó el discurso antinorteamericano al convocar a los pueblos latinoamericanos a oponerse a la doctrina McKinley, lejano precedente de la doctrina Truman enarbolada en la segunda posguerra mundial, no dejaba de tener una buena dosis de razón. Si bien la defensa a España era notoria, el pronóstico respecto de una doctrina que se atribuía unilateralmente el derecho intervencionista bajo el supuesto de perjuicios a ciudadanos estadounidenses, doctrina que se aplicaría luego *a troche y moche* para legitimar las más humillantes injerencias, tenía sólidos fundamentos:

El mensaje, por último, absorbe para la soberanía de los Estados Unidos la de las demás naciones de América, arrogándose el derecho de calificar automá-

⁶ "La doctrina de McKinley", *La Voz de México*, t. XXIX, núm. 86, México, 17 de abril de 1898.

⁷ "España no estará aislada", *La Voz de México*, t. XXIX, núm. 86, México, 16 de abril de 1898.

⁸ "Que tiemble México", *La Voz de México*, t. XXIX, núm. 89, México, 19 de abril de 1898.

ticamente sus actos, aprobarlos o castigarlos interviniendo personalmente en los asuntos privados de cada pueblo, y que de hoy en adelante tendrán en Washington su juez y señor.

No menor importancia puede atribuirse a la incipiente manifestación de calificador, como una de las tendencias más transgresoras del respeto interamericano. La adopción de un papel de árbitro moral tenía sus raíces en el mesianismo paradigmático que dio origen al "destino manifiesto", pero hasta ese momento la filosofía de supremacía moral no había alcanzado el nivel de asimilación institucional cristalizado con la administración de McKinley, prolegómenos de las vejatorias certificaciones establecidas a lo largo del siglo xx. El intervencionismo, considerado en teoría y práctica como nueva forma de dominación neocolonial (mal de males de la república cubana, diría Emilio Roig de Leuchsenring), fue juzgado como método atentatorio del derecho internacional reconocido por las potencias actuantes y como el anuncio de la vuelta a un ejercicio darwiniano de las relaciones entre estados.

La falta de reacciones ante las novedades de una correlación de fuerzas proclives a la expansión imperialista llevó a los artífices del panhispanismo y a sus epígonos latinoamericanos a cuestionar a los países de América Latina para terminar acusándolos de inercia.

Otro modo de presentar el intervencionismo de los Estados Unidos fue el impacto de los bárbaros sobre la civilización. El calificativo de bárbaros sería arma eficiente en el discurso antiimperialista posterior de J. M. Vargas Vila. Pero *La Voz...* coloca en manos de España —de la España finisecular— un estandarte, "la sagrada bandera del latinismo", con pocas probabilidades de ser secundado, a pesar de la aquiescencia que habían disfrutado los inmigrantes hispanos para apoyar su permanencia en las Antillas. Muy a su pesar, la idea de que la potencia hispana suscitaría la simpatía de los pueblos civilizados no tuvo eco.⁹

¡Horror si triunfaran los bárbaros! [...] toda la cultura que [...] hemos venido acumulando [...] se hundiría en un insondable abismo. Las aras de todos nuestros ideales serían profanadas por la mano del invasor y por el caso de su brutal cabalgadura.

La cuestión está en que la resistencia a un perjuicio probable se traducía en el alineamiento y defensa de una causa poco o nada simpática

⁹ "España no estará aislada", *La Voz de México*, t. XXIX, núm. 85, México, 16 de abril de 1898, p. 2.

a los ojos de las mayorías populares de América Latina, indiferentes a los intereses coloniales y políticos que defendía y muy propicia a la lucha libertadora de los cubanos.

Si los Estados Unidos triunfan sobre España, habría sonado para nosotros la hora suprema de nuestra autonomía [...] sus ambiciones y su engrimiento no reconocerían límites. Salvarían el canal que divide a la isla de Cuba de la península de Yucatán, y en ella se instalarían por espíritu de conquista, disfrazado con todas las hipocresías diplomáticas [...] Los estamos mirando, como funesta filoxera, zumbando en algunos de los barrios de nuestra capital. Se han adueñado de todos; financieramente estamos ante ellos atados de pies y manos. Sus hombres políticos [...] son aquí recibidos como príncipes, por más que traigan delegación alguna, se les honra dándoles el lugar de preferencia en el salón de la representación nacional.

¡Basta de torpes adulaciones! Los norteamericanos nos han demostrado lo que son. Sus vandalismos en California y sus decepciones en Alaska, nos manifiestan la locura del Rey Midas: el oro y siempre el oro. Su democracia no es más que un desvergonzado mercado en el que todo se mide por la tarifa Dingley. Su Política Internacional, dócil al tanto por ciento, tiene toda la malicia y toda la felonía cartaginesa. Washington les recomendó, casi por vía de testamento, que fueran leales y justos en sus relaciones con los demás pueblos; por ellos, sujetos a las leyes del atavismo, interpretan y practican el Derecho de Gentes a la manera británica. No hay que olvidar que John Bull es el abuelo del tío Samuel [...]

Lastímanos hasta el fondo de las entrañas que en México haya partidarios del sajonismo que hagan votos por sus futuros triunfos. Maldicen a España cuando en el fondo de su ser llevan [...] la riquísima savia española, expresada por el lenguaje, por la constitución psíquica, por las tradiciones históricas. Estos tales se coaligan con Breno por arrebatar de la balanza del rescate algunas miserables piezas de oro. Científicos se llaman, y no son más que libertinos. Esclavos de la escarcela mejor provista, hoy defenderán una causa y mañana romperán lanzas por la contraria.

La Voz... tenía más acentos y sentimientos castellanos que mexicanos, pues era de la opinión de una alianza ofensiva y defensiva entre España y las repúblicas hispanoamericanas que daría tranquilidad a España en las Antillas y, de esta manera, habría un equilibrio continental adverso a la expansión de los Estados Unidos. A su vez, España permite a Europa estar presente en el medio del Golfo mexicano. Con gran habilidad retórica e ideológica argumentaban que Cuba podía convertirse en manos yanquis en el Gibraltar americano. Los periodistas liberales reaccio-

naron contra los redactores conservadores acusándolos de no ayudar a la buena relación con los norteamericanos.

En apoyo a sus planteamientos, *La Voz de México* invocaba las voces más autorizadas del panhispanismo predicado en los últimos 20 años, desde Emilio Castelar, de filiación republicana, hasta los redactores de *El Siglo Futuro*. Desde luego, el cura Eizaguirre, autor de *Los intereses católicos en América*, era una de las autoridades más convocadas, sobre todo su planteamiento de una "alianza ofensiva y defensiva de España y las repúblicas españolas de América".¹⁰ Como numerosas referencias del discurso tradicionalista, eran miradas hacia atrás a lo que podía haber sido y no fue. En ningún momento el peso de las responsabilidades recae con fuerza en las políticas seguidas por la élite dominante en la península, de lo cual se infiere la culpabilización a América Latina, a los cubanófilos, a los ilusos, de la sajonización del continente.

El enfoque de la insurrección cubana de *La Voz...* es un calco de la argumentación de la prensa colonialista española. Así, atribuye la guerra a España a los intereses de los tabaqueros y azucareros de los Estados Unidos, sin entrar al fondo conflictivo que enlaza a diversos grupos de estos intereses.¹¹ Trató de convencer a sus lectores mexicanos de que la insurrección independentista tenía como fuente principal el financiamiento estadounidense. Eludía el parangón de la emancipación cubana con la del resto de los países americanos.¹²

Respecto a México, atribuía suma importancia al fenómeno geográfico: "México por su topografía, es el primer valladar que tiene que romperse..." Aunque consideraba que el gobierno porfiriano estaba preparado en el aspecto financiero y que el ejército se modernizaba, preveía que la mexicanidad se desharía "como tierno azucarillo... en las fauces del mastodonte", porque faltaban las fuerzas morales. Juzgaban duramente a los liberales positivistas como autores de una obra depresiva, opuestos a la unidad nacional que sólo podía cohesionarse gracias a la religión católica. Para *La Voz...*, biblias y pastores protestantes constituían las avanzadillas de elementos de disolvencia.

Fredrick Pike estuvo mucho tiempo intrigado por la hispanofilia de las élites intelectuales y políticas del conservadurismo hispanoamericano (Pike, 1974). Quiso encontrar o encontró, que para entender esa

¹⁰ "Opiniones de la prensa y notables escritores. El conflicto hispano-americano", *La Voz de México*, t. XXIX, núm. 98, México, 1 de mayo de 1898.

¹¹ "Los resultados de la guerra", *La Voz de México*, t. XXIX, núm. 93, 26 de abril de 1898.

¹² "¡Guerra inicua!", *La Voz de México*, t. XXIX, núm. 100, México, 4 de mayo de 1898.

adhesión a valores y tradiciones españoles debía ver en la dependencia espiritual y cultural de la "madre patria". Buscó pues los orígenes en el conservadurismo peninsular, sin desdeñar la observación del liberalismo de ambas riberas atlánticas.

Para Pike, el hispanismo ideológico descansa en un concepto de familia, comunidad o raza, términos que están cargados de diversidad significativa, quizás fuera del alcance de un angloparlante —a mi juicio—, pero que efectivamente han sido llaves conducentes a una gestión cohesionadora. Familia significa algo más que la urdimbre genealógica, comporta un lazo de consanguinidad, en tanto que comunidad expresa la precisión de aquello que se comparte dentro de una frontera de exclusividad. En cambio, el término raza elude su connotación biológica para insertarse en la sinonimia de *linaje*.

La españolidad concebida como autopercepción distintiva es una elaboración ideológica que hace abstracción de la diversidad marcada en el ámbito ibérico. Es una elaboración política que aúna al gallego y al bable, al catalán y al eúskaro, saltando no sólo barreras lingüísticas o patrones de comportamientos, sino también distinciones de clase y cultura. Es una ideología de Estado.

El criticismo a las características dominantes de la sociedad y cultura españolas —del cual fue un destacado exponente el argentino Domingo Faustino Sarmiento—¹³ alcanzó nuevas cotas en el periodo posterior a la independencia de América. Ciertamente, como advierte Fredrick Pike, las acciones españolas preocupaban más que los despuntes imperialistas yanquis, a pesar del despojo a México en 1848 (Pike, 1974, 3). Aunque, a mi juicio, la diferencia de intensidad a comienzos de la segunda mitad del siglo XIX se hizo sensiblemente menor. Tengo presentes los formidables alegatos del cubano José Antonio Saco, los del chileno Francisco Bilbao y los del panameño Justo Arosemena.

Pero no cabe duda que sucesivos gobiernos hispanos de variado matiz se habían comprometido en amenazadoras aventuras reconquistadoras. La conspiración de Juan José Flores para colocar un príncipe español en Ecuador hacia los años cuarenta alentó los planes monarquizantes del gabinete Istúriz, que también acarició la idea de hacerlo en México (1846) con la complicidad de los monárquicos de México. Es bien explicable que

¹³ Miguel de Unamuno (1968, 77) consideraba que el cuestionamiento de Sarmiento venía desde dentro, en el mejor espíritu hispano, comprendido y sentido como si fuese un español crítico.

esos conatos despertaran “la inmediata y violenta repulsa y prevención de las demás repúblicas hispanoamericanas” (Heredia, 1996, 22). Semerjantes reacciones motivaron la anexión de Santo Domingo en 1861 a pesar de su manejo incruento inicialmente (Cassá, 1977-1980) y la participación en los comienzos de la intervención de Europa en México hábilmente cancelada merced a las negociaciones efectuadas por el general Prim (Pi-Suñer Llorens, 1996). Todavía más indignantes fueron la reclamación y ocupación de las islas Chincha frente a la costa peruana (1864-1866) y los bombardeos a Valparaíso y El Callao (1866), que generaron condiciones de simpatía hacia el primer esfuerzo independentista cubano (1868-1878) en casi toda Hispanoamérica.

Fue en este periodo cuando la hispanofobia alcanzó los niveles más altos y la ideología conservadora hispanófila tuvo que batirse a la defensiva, en tanto los liberales acentuaban su admiración hacia otros paradigmas: los modelos francés y estadounidense de preferencia.

Hacia 1898 eran pocos los medios latinoamericanos que no percibían claramente las intenciones de la cúpula dominante en los Estados Unidos de influir o dominar en la mayoría de los estados del continente. De ahí que concordemos en que la hispanofilia ganase súbitamente adeptos, pero no me parece acertado, en cambio, tomar el año de 1898 como punto de partida, sino como una escala de ascenso de la ideología hispanista. Sería más bien una inflexión en la expansión de una modalidad intelectual en contraposición a un factor ajeno a la teorización y ejercicio del hispanismo oficial.

En las altas clases de poder y dirección de América Latina se generó una actitud ambivalente. El impetuoso progreso material, aupado por la segunda revolución industrial en el principal teatro de su acción —Estados Unidos—, colocaba notas de admiración y de entusiasmo. Una recóndita ilusión de ser iguales anidaba en sus proyectos lejanos. Pero los lastres precapitalistas injertados en las estructuras económico-sociales crecientemente dependientes de los centros industriales alimentaban los resabios elitistas y etnocráticos. De ahí brotaba su adhesión a una escala de patrones culturales, de valores espirituales, éticos y estéticos que lo alineaban con la tradición hispano-católica. Entre la utopía modernizadora y la realidad jerárquica tradicionalista no mediaban graves conflictos. El dilema no provocaba excesiva angustia; la brecha tecnológica era suficientemente elocuente para poder salvarla sencillamente, en tanto las instituciones republicanas formales eran orilladas a conveniencias ocasionales.

A diferencia de lo sucedido con la emigración italiana en Argentina, donde la disyuntiva monarquía-república dividió a la colonia, el tema conflictivo no pareció afectar significativamente a las agrupaciones de emigrados españoles en América Latina.

Naturalmente, éstos y otros planteamientos merecen un estudio minucioso. *La Voz de México*, durante los meses de la guerra, sostuvo un constante seguimiento, casi diario, de la evolución del conflicto, pero sobre todo una pertinaz argumentación contra la expansión yanqui. En ella se mezclaban los razonamientos con la exaltación hispanófila y religiosa, las argumentaciones geopolíticas con las preocupaciones de raza y cultura, la angloxenofobia con un tenor antimodernista. Siempre prudentes respecto al gobierno directamente, pero cuestionando y presionando la carambola.

No solamente en la derecha católica mexicana se había desarrollado esta suerte de pensamiento antiimperialista conservador a partir de posiciones tradicionalistas e intereses materiales amenazados.

Los periódicos de derecha, francamente proespañoles, se hicieron eco no sólo de la defensa a España y a cuanto ella simbolizaba —una cultura y una religión hegemónica sobre pueblos heterogéneos en cuanto a raíces étnicas, patrones culturales y creencias sincréticas—, sino también de sus intereses mercantiles, políticos y coloniales. Periódicos como *La Voz de México* hicieron causa común con la prensa hispana, *El Correo Español*, imitándolo en sus temas y enfoques, adoptando un tono algo más moderado e intentando lo que éste no podía hacer: hablar en representación de México. Esto le permitió complementar y hacer el juego al periódico hispano, cuidadoso de entrometerse en cuestiones delicadas internas.

Pero también la prensa católica derechista adoptó una posición radical frente a los Estados Unidos, posición que abarcó una gama de aspectos que no sería posible resumir en una sola opción. La defensa de la permanencia de España en el Caribe era un punto importante, pero no el único. La posición probablemente representaba al conjunto de intereses mercantiles amenazados y gradualmente desplazados por el empuje comercial yanqui, urgido por la superproducción de mercancías en serie. El antisajonismo también partía de un fundamento político interno de claro matiz antiliberal y antidemocrático enfilado contra los llamados “científicos” que gozaron de relativa influencia en el seno de la camarilla gobernante. El enfrentamiento externo era contrapartida eficaz al enfrentamiento interno por las cuotas de poder.

No puede ignorarse su cuestionamiento a la democracia. Es parte del trasfondo de elitismo, de prejuicios y de intolerancia que anidaba en estos sectores sociopolíticos. El antisajonismo tejía también la renuencia a aceptar otros credos que no fueran los católicos; el repudio a la corrupción del castellano —lengua del poder— por la invasión del anglicismo que aparejaban las nuevas técnicas, equipos, juegos, diversiones, etcétera; el horror ante nuevos comportamientos, valores, métodos, que erosionaban las antiguas costumbres de una sociedad patriarcal, autoritaria, en que la mujer era sometida por los padres, los maridos y los curas...

Estas voces de aviso, estos miedos a los cambios, estaban contaminados por un ingrediente contradictorio: la defensa de un arraigado residuo colonial concebido como contrapeso —poco efectivo, desde luego— al desborde expansionista, y de un instrumento de cohesión falazmente consistente, la religión católica. No obstante su sazón xenofóbica, su incondicional prohispanidad, el aliento grandilocuente, no pocos retazos de este discurso vinieron a incorporarse a la cultura política del siglo xx de modo complejo y heterogéneo que aún está pendiente de estudiarse.

Sin embargo, la crítica, el cuestionamiento de la nueva sociedad avizorada, regida absolutamente por la racionalidad capitalista, normada por una ética "materialista" y utilitaria, no deja de aportar un fondo cognoscitivo y moral de no poca importancia. Por debajo de la retórica iracunda laten algunos conceptos de capital relevancia: la tendencia absorbente de la conquista pacífica iniciada desde la década anterior por los Estados Unidos, tendencia destinada a encerrar en un bloque antieuropeo a los países débiles de América Latina; la necesidad de una alianza de las repúblicas hispanoamericanas como único medio hábil de resistencia y de equilibrio continental; la significación de México en una estrategia de contención latinoamericana y el valor de la isla de Cuba en la coyuntura geopolítica.

SALVADOR E. MORALES PÉREZ
E-Mail: cictamayo@spin.com.mx

FUENTES EMPLEADAS

HEMEROGRAFÍA

El Tiempo, ed. il., México, 1898.

La Voz de México, México, 1898.

BIBLIOGRAFÍA

Cassá, Roberto

1977- *Historia social y económica de la República Dominicana*, 2 ts., Santo

1980 Domingo.

Heredia, Edmundo A.

1996 "Europa al acecho: el caso ecuatoriano", en Edmundo A. Heredia, Delia del Pilar Otero, *Los escenarios de la historia*, Córdoba, Argentina.

Pike, Fredrick B.

1974 *Hispanismo, 1898-1936*, Notre Dame-London, University of Notre Dame Press.

Pi-Suñer Llorens, Antonia

1996 *El general Prim y la cuestión de México*, México, UNAM/SRE.

Unamuno, Miguel de

1968 *Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana*, 3a. ed., Madrid.